CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch **marzo/abril 2023**

Índice n° 2/2023

2	Los milagros del Señor Jesús	*W.W. Fereday*
6	Por nada estéis afanosos	*A. Remmers*
8	Tienda y altar	*Botschafter*
14	Guiados por el Espíritu de Dios	*E.A. Bremicker*

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Los milagros del Señor Jesús

(Viene de la página 6 del n° 1/2023)

22. La pesca milagrosa

Lucas 5:1-11

Fue un día notable en la historia de Simón Pedro cuando el Señor usó su barca en el lago de Genesaret. Este no era el primer encuentro que había tenido con Jesús. Un tiempo antes él había sido presentado al Señor por su hermano Andrés, y desde entonces su corazón se había unido a Él de manera permanente (Juan 1:40-42). Pero, como muchas otras personas verdaderamente convertidas, Simón tenía mucho que aprender acerca del mal en su propio corazón. Por eso, el incidente sobre el lago aquel día fue una inmensa bendición para él.

El Salvador era apremiado por el gentío que se agolpaba sobre él para oír la Palabra de Dios. Estando próximo a la orilla del lago, y observando dos barcas cerca, subió a una de ellas para poder enseñar desde allí. La barca era la de Simón, quien estaba lavando las redes con sus compañeros. Apartándose de tierra un poco, el Señor continuó su predicación. Cuando terminó de hablar, pidió a Simón que bogara mar adentro y echara sus redes para pescar. A pesar de haber trabajado toda la noche en vano, obedeció el mandato, con el resultado de que una gran cantidad de peces fue encerrada en su red de manera que esta se rompía. Fue necesario llamar a la otra barca, y ambas estaban tan cargadas que se hundían.

Nunca Simón y sus compañeros habían hecho tal experiencia. En el propio caso de Simón, tuvo consecuencias espirituales profundas. Consciente de estar en presencia de Dios, descubrió el mal que había en su corazón. Cayendo a los pies de Jesús le dijo: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”. Tal era la angustia de su alma que se olvidó por completo de la peligrosa situación en la cual se encontraba su barca. Esta no fue su conversión. Se había convertido en su primer encuentro con el Salvador. Se trataba ahora de una profundización de la obra de Dios en su alma. Job había tenido tal experiencia (Job 42:6), e Isaías también (Isaías 6:5). Debemos ser llevados a confesar: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien” (Romanos 7:18). Uno de los principios de la vida de Pablo era: “No teniendo confianza en la carne” (Filipenses 3:3). Cuando un creyente llega a este punto comprende que nada cuenta para con Dios sino Cristo, y toda su confianza viene a centrarse en Aquel que murió y

resucitó. ¡Feliz posición en la cual estar! Esta conduce a una completa liberación del viejo «yo» con todas sus pretensiones y demandas.

La conciencia herida y tocada de Pedro pronto recibió palabras de aliento de parte del Señor: "No temas; desde ahora serás pescador de hombres". Conforme a esto, Simón y sus compañeros dejaron sus barcas y las redes para siempre, y siguieron al Salvador en su misión de amor hacia las almas de los hombres.

En su evangelio, Lucas no menciona a Andrés, el hermano de Simón, y es el único evangelista que nos habla del trabajo de conciencia especial que tuvo lugar en el corazón de Simón. Desde este momento, pescar hombres por medio del Evangelio vino a ser la feliz ocupación de Simón y Andrés, Jacobo y Juan (véase Mateo 4:18-22; Marcos 1:16-20). Tenemos un ejemplo de pescar con la red en Hechos 2, cuando tres mil personas recibieron el Evangelio. También vemos un ejemplo de pescar con caña en Hechos 8, cuando una persona fue salvada yendo por un camino desierto.

23. El hijo de la viuda de Naín

Lucas 7:11-17

La pregunta de Pablo al rey Agripa ciertamente no era irrazonable: "¿Se juzga... cosa increíble que Dios resucite a los muertos?" (Hechos 26:8). El Dios supremo en el universo, El que formó al hombre del polvo, es ciertamente capaz de volver a traerlo del dominio de la muerte, si a él le place hacerlo. Así, es fácil creer en la resurrección aunque este milagro pueda parecer sorprendente.

Pero solo Dios puede realizar tal maravilla. Cuando en diferentes tiempos, Elías, Pedro y Pablo resucitaron personas de entre los muertos, ellos claramente no estaban usando su propio poder, y los milagros les eran concedidos en respuesta a su oración de fe. Pero Aquel que era mayor que ellos podía detener un funeral con un majestuoso "A ti te digo, levántate", y la muerte inmediatamente soltaba a su presa. Bien podía decir el pueblo que hablaba como quien tenía autoridad, y que jamás hombre alguno había hablado como él.

Tenemos en el evangelio de Lucas un relato que tuvo lugar cerca de la puerta de Naín. Cuando Jesús se acercaba a la ciudad, acompañado por sus discípulos y seguido por la multitud, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto. Este era hijo único de su madre viuda. Tan triste espectáculo no podía fallar en apelar al tierno corazón del Salvador. Toda su simpatía iba hacia esta desolada mujer. Pero en él, la simpatía se combinaba con el poder ilimitado. De allí que no solamente dijo a la madre: "No llores"; sino que también dijo a su hijo: "Joven, a ti te digo,

levántate". Entonces el que había muerto volvió a vivir, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre.

Recordamos sus afirmaciones expresadas en Juan 5:21-29; aseguró que "como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida". Además afirmó que "el Padre… todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre". ¡Es el que da vida a los muertos y juzga! Tremendas declaraciones ciertamente, que nadie debe atreverse a negar ni a desconocer. Él es en verdad el Vivificador y Juez. Apresurémonos entonces para postrarnos a sus pies, y reconocer sus títulos con temor y reverencia. Él da vida a los espiritualmente muertos en este día del Evangelio por medio de la Palabra escrita. Todos los que son así vivificados vienen a ser poseedores de la vida eterna (v. 24-25). Cuando el día de la gracia haya terminado, él también vivificará los cuerpos de los hombres, llamando a "los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; más a los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación" (v. 28-29). Aun así, esto no implica que todos serán resucitados simultáneamente; Apocalipsis 20:5-6 deja esto perfectamente claro, que mil años pasarán entre la resurrección de los bendecidos y la resurrección de los perdidos. Sin embargo, la mayor maravilla de todas es que Aquel que posee el poder de resucitar se humilló a sí mismo hasta la muerte para la bendición y salvación de hombres completamente arruinados. Nos conviene postrarnos sobre nuestros rostros y adorar en presencia de su propia declaración: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna" (Juan 3:14-15).

24. Dios o Beelzebú

Mateo 12:22-30; Lucas 11:14

"Estaba Jesús echando fuera un demonio, que era mudo" (Lucas 11:14). "Ciego y mudo", añade Mateo (12:22). Una maravillosa liberación ciertamente, por la cual todos los testigos debían haber estado profundamente agradecidos a Dios. La multitud no fue completamente indiferente, porque ellos dijeron: "¿Será éste aquel Hijo de David?" Frecuentemente ha ocurrido que los simples de la tierra han sido muy certeros en su percepción de la mano de Dios.

Pero con los líderes religiosos fue de otra manera. Ellos dijeron: "Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios" (Lucas 11:15). Mateo nos dice que esta afirmación provino de los fariseos; Marcos añade que los escribas también estaban envueltos en esto (Marcos 3:22). Esta es

una cuestión que debe condenar su incompetencia espiritual o su desesperada maldad. Si ellos eran completamente incapaces de distinguir entre la mano de Dios y la de Satanás también eran completamente inadecuados para ser los instructores del pueblo de Dios. Si ellos, al contrario, veían el poder de Dios y deliberadamente imputaban sus hechos al del infierno, es porque este poder no obraba por medio de los canales oficiales. La maldad de esto era sumamente grave. Ningún mal es peor que el mal religioso; y ¡cuánto se ha manifestado este mal en la historia del cristianismo!

A juicio de los hombres, existían ciertos canales reconocidos a través de los cuales, el poder y la bendición divina debían fluir. Pero a la verdad, la bendición de Dios ha alcanzado a una multitud de personas, aparte completamente de los canales oficiales. Como el vellón de Gedeón, estos medios oficiales han estado secos mientras el rocío del Espíritu de Dios ha sido experimentado alrededor (Jueces 6:40). Esto, en lugar de producir un juicio de consciencia, a menudo solo ha despertado el rencor y la blasfemia. Este es un establecido principio en los sistemas religiosos, que todo lo que sucede afuera de ellos es visto como no autorizado y abominable.

En su gracia, el Salvador trató de llevar a razón a esos hombres. Les preguntó cómo Satanás podía echar fuera a Satanás, y les señaló que "todo reino dividido contra sí mismo, es asolado; y una casa dividida contra sí misma, cae". La verdadera posición era esta: Satanás como el hombre fuerte había mantenido a sus cautivos en paz; pero ahora había venido otro más fuerte que él, con poder para vencerlo, y saquear sus bienes. Alabemos a nuestro Dios por esto. Aquel más fuerte que Satanás es claramente el victorioso Hijo de Dios. Ha enfrentado al enemigo en su última fortaleza —la muerte— y lo ha vencido, quitando a la vez el pecado. Ahora no hay un solo hijo de Adán que no pueda ser libertado de la esclavitud de Satanás si apela a la gracia del Salvador. Las personas angustiadas por el pecado y la muerte no necesitan ocuparse de las críticas de los religiosos conductores; el Salvador es su verdadero recurso. Que se entreguen simplemente a él.

A su severa reprensión, nuestro Señor añadió estas palabras: "El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama" (Lucas 11:23). Él estaba indudablemente esgrimiendo el poder de Dios en gracia y la bendición para los necesitados hombres; los que se oponían a él desparramaban la "hermosa grey" de Dios (Jeremías 13:20). Cuidémonos de los prejuicios religiosos para no caer en similar situación hoy en día. Reconozcamos donde la mano

de Dios se ve claramente, donde el Espíritu de gracia está verdaderamente bendiciendo y confortando a las almas; entonces con sinceridad y sin ninguna reserva en nuestros corazones alabemos y magnifiquemos a nuestro Dios.

(Continuará)

Por nada estéis afanosos

"Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Filipenses 4:6-7).

"El Señor está cerca", nos dice el versículo anterior. Todavía no ha venido, pero vendrá, y desde ahora ya podemos ir a exponer todas nuestras peticiones ante él. Por esa razón no hay que preocuparse por nada.

Es el aliento que Jesús infundió a sus discípulos cuando estaba con ellos en la tierra.

"No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?... No os afanéis, pues diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?" (Mateo 6:25, 31). Nuestro corazón encuentra muchas razones para preocuparse. Pero Pedro nos dice qué hacer con ellas: "echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros" (1 Pedro 5:7). Preocuparse parece indispensable para las personas en el mundo, e incluso hace que aparentemos ser conscientes de nuestras responsabilidades. Pero para el creyente, es una falta de confianza en Dios.

A veces, nuestras necesidades pueden pesar sobre nosotros hasta el punto de convertirse en preocupaciones, pero recordemos la exhortación: "Por nada estéis afanosos" (v. 6).

Por medio de nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo tenemos acceso al Padre (Efesios 2:18). A Dios mismo y a su poder ilimitado debemos recurrir siempre.

Ante él podemos formular todas nuestras peticiones, sin excepción. Incluso podemos acudir a él cuando "no sabemos qué hemos de pedir como conviene" (Romanos 8:26). Todo lo que oprime nuestro corazón puede ser derramado ante nuestro Dios y Padre.

La manera en que el creyente puede acercarse a Dios se describe notablemente: "Sean conocidas vuestras peticiones delante de

Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Filipenses 4:6). En muchas epístolas del Nuevo Testamento encontramos exhortaciones a la oración (Romanos 12:12; Efesios 6:18; Colosenses 4:2; 1 Tesalonicenses 5:17; 1 Timoteo 2:1; Hebreos 13:18; Santiago 5:13-18; 1 Pedro 5:7; 1 Juan 5:14-15; Judas 20). Y en 1 Timoteo 2:1, hay: "rogativas, oraciones, peticiones, y acciones de gracias, por todos los hombres". La **oración** es el término general, y el **ruego** es una petición con insistencia. La **acción de gracias** expresa la gratitud que debe llenar siempre nuestro corazón cuando estamos ante Dios. Cuando nos acercamos a él, no debemos olvidar quién es Dios, y todo lo que hizo por nosotros.

No se nos dice aquí que Dios vaya a cumplir necesariamente todas nuestras peticiones. Y probablemente ya todos lo hayamos experimentado. Actúa con nosotros como con sus hijos amados, para que todas las cosas nos ayuden a bien. Cuando hayamos derramado nuestro corazón ante él de rodillas, podremos levantarnos con toda tranquilidad, y "la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (v. 7). Tenemos la certeza de que todas nuestras oraciones han sido registradas por nuestro Dios y Padre, y su paz guarda nuestros corazones de toda ansiedad y preocupación.

En otros pasajes, la respuesta a nuestras oraciones está vinculada a ciertas condiciones. Por ejemplo, el Señor dijo a sus discípulos: "Todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará" (Juan 16:23). Juan nos dice: "Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él" (1 Juan 3:21-22). Y también: "Si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye" (5:14). Pero aquí, en Filipenses 4, aprendemos que podemos poner todas las necesidades de nuestro corazón delante de Dios, con toda sencillez, sin dudar, como un hijo ante su Padre.

Este versículo no nos asegura una respuesta directa, sino, "la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento". Esta maravillosa paz, que guarda nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús, es la paz de aquel que está muy por encima de todas las circunstancias terrenales y cuyo trono nunca tambalea.

"La paz de Dios" es algo que va más allá de "la paz con Dios" y la recibe quien ha sido justificado por la fe en el Señor Jesús y ha recibido el pleno perdón de sus pecados. La **paz con Dios** es la paz de nuestra

conciencia con respecto a nuestros pecados y nuestra culpabilidad, que han sido eliminados de una vez por todas. Esta es la paz que el Señor Jesús da a todos los que, trabajados y cargados bajo el peso de sus pecados, acuden a él (Mateo 11:28). Por otro lado, la **paz de Dios** es la paz del corazón que viene a ser la parte de los que viven en comunión y dependencia con Él. La paz de Dios nos eleva por encima de las contrariedades en las que nos podemos encontrar. El Señor también lo mencionó en Mateo 11: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (v. 29). Esta paz interior depende de **cómo descansemos en Su voluntad**. El Señor no dice que nos dará este descanso, sino que lo encontraremos. Y lo encontramos en la medida en que tomamos su yugo sobre nosotros y aprendemos de él.

La paz de Dios guardará nuestros corazones y nuestros pensamientos "en Cristo Jesús". Esta paz está muy cerca de "la paz de Dios" mencionada en Colosenses 3:15. Debe caracterizar nuestra vida diaria y acompañarnos en todas las circunstancias. El Señor dijo a los suyos: "La paz os dejo, mi paz os doy" (Juan 14:27).

Tanto si se trata de enfermedades como de otras dificultades —y las hay de todo tipo—, nada es demasiado grande ni demasiado pesado. A nuestro Dios y Padre le podemos entregar todo en oración, en ruegos y con acciones de gracias. Si realmente descargamos nuestras preocupaciones en él, y no las volvemos a cargar sobre nuestros propios hombros como una pesada carga, la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento nos guardará. "Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas" (Proverbios 3:5-6). "Encomienda a Jehová tu camino y confía en él, y él hará" (Salmo 37:5).

A. Remmers

Tienda y altar

En Abraham tenemos a un creyente que, fiel a su llamamiento, vive fuera de este mundo. Es un ciudadano del cielo, extranjero y forastero sobre la tierra; tiene su corazón en el cielo, allí se encuentra su patria.

El llamamiento de Dios lleva a este fiel testigo a realizar dos cosas: 1) la separación con su antigua patria, la Mesopotamia y 2) tener el carácter de extranjero en Canaán, tierra de la promesa. Salido de su

parentela, viene a ser peregrino en medio de un nuevo pueblo. Su posición se resume así: santa separación para Dios, en relación con las exigencias de la naturaleza y al mismo tiempo en relación con la corrupción que lo rodea. Puesto bajo el llamamiento del Dios de gloria, no tiene el derecho de otorgar concesión alguna ni a la carne ni al mundo. Como consecuencia, dos cosas toman un lugar preeminente en su vida: **la tienda y el altar**.

Su vida en **una tienda** muestra que no tiene herencia en este mundo, "ni aun para asentar un pie" (Hechos 7:5). Su **altar** en donde él invoca el nombre de Dios, da testimonio de sus relaciones con el mundo invisible; trae la prueba de que el Dios vivo le es suficiente.

Abraham vive en todo lugar bajo una tienda. Una tienda no tiene cimientos; se arma y se desarma. Satisfecho con tal refugio pasajero, el patriarca "habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (Hebreos 11:9-10).

No hace la más mínima tentativa para comprar una parcela de tierra a los poseedores del país; al contrario, declara a los hijos de Het: "Extranjero y forastero soy entre vosotros" (Génesis 23:4). Pero en vista de la resurrección, busca hacer negocio con ellos para adquirir un terreno para sepultura. Lo compra por el precio justo. Igualmente negocia con el "pueblo de aquella tierra" pero sin tener comunión. Su dependencia de Dios y su posición de extranjero celestial son claras. No acepta nada del rey de Sodoma para que este no diga: "Yo enriquecí a Abram" (14:23). Cuando hay contienda entre sus pastores y los de Lot, renuncia a las cosas visibles y deja generosamente escoger a Lot, siendo él mismo el mayor y a quien Dios llamó.

¿Qué le permite conservar el carácter de extranjero en un país que le fue prometido, sabiendo que se trata de una tierra **prometida** pero no de **posesión** inmediata? ¿Por qué medio obtiene la fuerza de renunciar a las cosas de la tierra y elegir al Dios de la eternidad como parte suya y contentarse con una tienda como habitación?

Es en el altar edificado y en comunión con Dios, donde su ojo considera los lugares celestiales; mira de lejos, y cree, y saluda lo prometido (aun en presencia de la muerte), confesando que es extranjero y peregrino sobre la tierra (Hebreos 11:13).

Antes de que se nos hable de tienda, la Palabra nos dice que Abraham "edificó allí un altar a Jehová, **quien le había aparecido**" (Génesis 12:7). No se atreve

a invocar a Dios conforme a él le parece para luego honrarlo según la inspiración de su razonamiento. El altar de Atenas llevaba la inscripción: "Al Dios no conocido" (Hechos 17:23). No sucede así con el altar de Abraham. Él conoce al Dios que le había aparecido y lo honra según la revelación que Él había dado de sí mismo. Este acto también muestra **la obediencia** con la cual Abraham siguió el llamamiento de Dios.

Desde Siquem recorre el país como peregrino y planta su tienda entre Bet-el y Hai. Su **dependencia** se profundiza y aprende que Dios, quien le ha aparecido, "ama también al extranjero" (Deuteronomio 10:18), que no se avergüenza de llamarse Dios de los que anhelaban una patria mejor, esto es, celestial (véase Hebreos 11:16). Siendo peregrino y extranjero, él edifica en Bet-el otro "altar a Jehová, e invocó el nombre de Jehová" (Génesis 12:8).

Más tarde, habiendo demostrado a Lot que él sabe renunciar a todo lo que el mundo puede ofrecer, por el gozo de la comunión con su Dios, edifica el altar del renunciamiento en Hebrón poniendo su tienda en el encinar de Mamre (13:18).

Tienda y altar están siempre acompañados el uno del otro. Obediencia, dependencia y devoción, estos tres caracteres de la separación para Dios, se manifiestan así delante del mundo.

Al mismo tiempo la tienda y el altar constituyen un conjunto inseparable. Vivir en la tienda, es decir estar separado **exteriormente**, no es suficiente. Muy al contrario, la separación **interior** la cual podemos aprender solamente en el altar, en la presencia de Dios, debe preceder a la separación **exterior**; entonces se producirá la separación con las cosas del mundo y la santidad en el andar y en el testimonio que se da.

Una debilidad en la vida de Abraham nos recuerda seriamente esta verdad. Bajo la presión de las circunstancias (hambre), se desvía del sendero de la fe y va a Egipto donde no hay ni altar ni comunión con Dios (12:10). El patriarca continúa viviendo bajo una tienda, pero a su testimonio le falta la fidelidad y la firmeza de los días precedentes. Las riquezas terrenales que encuentra en ese camino vienen a ser para él, después de su restauración, por aguijones en sus ojos y por espinas en sus costados (véase Números 33:55); porque es precisamente la ganancia material adquirida en Egipto que será causa de contienda entre sus pastores y los de Lot. La gracia de Dios restaura al que se desvió del camino, pero los días pasados en Egipto son vanos; son perdidos. El patriarca vuelve al punto de partida "hasta el lugar donde había estado antes su **tienda** entre Bet-el y Hai, al

lugar del **altar** que había hecho allí antes" (Génesis 13:3-4); debe recomenzar (véase Números 6:8-12).

Solamente aquel que vive regularmente en el santuario de Dios, que anda en una comunión ininterrumpida con Dios, puede ser un testigo eficaz para este mundo. ¿No hemos hecho a menudo nuestro camino dos veces? Al lado de nuestra tienda faltaba el altar. En consecuencia, poco progreso espiritual ha sido registrado en nuestra vida práctica.

Una lección más seria nos es dada por la conducta de Lot. Se dice de él que "**fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma**" (Génesis 13:12). No se trata del altar. Además Lot levanta sus tiendas en el lugar donde son atraídos "los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida" (1 Juan 2:16). Más tarde se le abrirá la puerta de la ciudad. Allí, abandona su tienda y lo encontramos "sentado a la puerta de Sodoma" (Génesis 19:1), ocupando un lugar de autoridad reservado a los hombres respetados e influyentes.

Sin embargo está escrito de él: "Este **justo**, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos" (2 Pedro 2:8). El creyente puede caer tan bajo que los dos signos distintivos de su posición, la **tienda** y el **altar**, estén ausentes; solo la agitación y los tormentos de su conciencia testifican de su posición. ¡Cuán humillante es esto!

Notemos todavía la diferencia entre la infidelidad de Abraham y la de Lot. El hambre que cayó sobre la tierra en que moraba Abraham lo lleva a descender a Egipto para encontrar socorro. La falta de fe lo hace titubear y desviarse del camino de obediencia. Pero la gracia de Dios lo restaura y le hace capaz de seguir viviendo en su dependencia, de afirmarse en el camino de la fe con verdadera fuerza espiritual. Es lo mismo hoy. Una real restauración aumenta nuestra fuerza espiritual, porque ella nos eleva por encima de todo lo que la hizo necesaria.

Para Lot fue distinto. No fue la necesidad que lo incitó a poner "sus tiendas hasta Sodoma"; fue el amor al mundo, el deseo de una vida fácil, las riquezas de esta tierra, el goce de los placeres y honores de este mundo. Todo esto lo atrae. Podemos aplicarle el versículo 15 del Salmo 106: "Y él les dio lo que pidieron; mas envió mortandad sobre ellos". Lot se hunde cada vez más, y es "salvo, aunque así como por fuego" (véase 1 Corintios 3:15).

Descuidando el altar de la adoración, comenzamos suavemente a poner nuestra tienda hacia Sodoma, hacia un mundo que ama la prosperidad sobre la tierra y desprecia las cosas divinas. La tendencia de Lot está en nosotros y, si el mundo no se muestra en su forma pagana como en los días de Sodoma, es sin embargo siempre el mismo mundo

del judío religioso, del griego cultivado y del orgulloso romano que crucificó a Cristo.

No pertenecemos más a este mundo. Escogidos por Dios antes de la fundación del mundo, librados del presente siglo malo, solo somos dejados aquí para morar en tiendas, glorificar al Señor y ser enseñados por Dios en los diversos caminos por los que nos hace pasar. Somos cartas de Cristo aunque correspondamos tan pobremente a esa vocación. Estamos llamados a manifestar el segundo hombre, hombre del cielo, en un mundo que lo rechazó. Sí, estamos unidos a Cristo en la gloria y su medida de separación es también la nuestra.

Asir estas verdades nos hace comprender lo que debe ser nuestra separación para Dios en este mundo, como testigos, por la tienda y el altar, que nuestro llamamiento es celestial. ¡Oh cuán débiles somos y poco consecuentes en la realización de estas cosas! Consideremos a Jesús en su vida aquí abajo, siguiendo su sendero maravilloso de separación en este mundo impuro, recordando su palabra: "Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo" (Juan 17:18). ¡Quedamos avergonzados al ser conscientes de esto!

La gracia de Dios atrajo muchos creyentes a lo que es "desde el principio". Pero varios se contentan en una posición de separación exterior, que tomaron de manera eclesiástica. Están orgullosos de ello, pero poco conscientes del andar práctico que se debe seguir en el camino de separación. Se contentan con vivir en la **tienda** faltándoles el **altar**. No hay verdadera comunión con Dios, sin andar en luz. Como consecuencia falta ese vigor espiritual en sus relaciones con el mundo.

Nuestro Señor y Salvador jamás tuvo comunión con la manera de pensar y las aspiraciones del mundo. Al contrario, buscaba hacer volver los pensamientos del hombre hacia Dios. Si nos dejamos influenciar por los pensamientos de los hombres de este mundo hasta compartir su manera de ver, caemos progresiva, pero inevitablemente, en un estado espiritual bajo; venimos a ser como la sal que se desvanece y "no sirve más para nada" (Mateo 5:13). Cuanto más nos comprometemos con el mundo, más nutrimos nuestras almas de las cosas de la tierra en vez de nutrirnos de Cristo, entonces los variados aspectos del mundo modelan nuestro carácter y comportamiento. Imitamos a ese pequeño insecto que toma siempre el color de la hoja de la que se nutre.

¡Cuán expuestos están los creyentes que por sus negocios mantienen relación con el mundo! Olvidamos fácilmente que somos discípulos de aquel que, aquí abajo, no tenía donde recostar su cabeza.

Corremos el peligro de actuar según los principios de aquellos que nos rodean. Contrariamente a Abraham, la atracción de la ganancia o de los honores pueden atraernos. ¡A pesar de esto, profesamos ser peregrinos, extranjeros, "elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo" (1 Pedro 1:2)!

Pero no caigamos tampoco en el error que consiste en querer parecer más piadosos de lo que somos realmente.

El corazón que verdaderamente está separado del mundo es aquel en el que Cristo tiene el primer lugar. El principio: "Para mí el vivir es **Cristo**" (Filipenses 1:21) dirige a tal creyente en sus negocios y en su andar. Nutre el deseo que sea "magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte" (v. 20). Su camino y su carácter vienen a ser celestiales, **su morada en la tienda es una realidad**; todo lo que se puede ver de él, "conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia" (2 Timoteo 3:10) lo atestigua en medio de las circunstancias y dificultades de los últimos días.

Los pensamientos de ese creyente son los pensamientos de Cristo. No busca ni su interés, ni su propia gloria, sino la gloria de Dios y el bienestar de sus hermanos. La imagen de Jesús, caracterizada por la bondad y la humildad, es visible en él. Rodeado de un ambiente sombrío, es como una luz brillante. Como Pablo o Timoteo o Epafrodito, sirve al Señor con un amor desinteresado (Filipenses 2).

Con la energía de la fe, ese cristiano pone la mira hacia arriba. Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndose a lo que está delante, prosigue a la meta, al premio del supremo llamamiento celestial de Dios en Cristo Jesús (3:13-14). Ve a Cristo glorificado a la diestra de Dios, su meta. Separado para el Señor, encuentra su gozo, su todo en Jesús. Está por encima de las circunstancias de esta vida. En Cristo posee una fuerza que lo hace independiente de los hombres y de las circunstancias.

Pablo, como verdadero nazareo, podía decir: "He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. **Todo lo puedo en Cristo que me fortalece**" (4:11-13).

¡Quiera el Señor concedernos el plantar aquí abajo, con mano firme tanto la tienda como el altar, con corazones llenos de la completa suficiencia de Jesucristo! ¡Ceñidos nuestros lomos y nuestras lámparas encendidas! Y ¡que el testimonio

dado a los tesalonicenses pueda sernos aplicado: Se convirtieron "de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo" (1 Tesalonicenses 1:9-10)!

Botschafter

Guiados por el Espíritu de Dios

"Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios" (Romanos 8:14).

Sin duda, para los que pertenecen al Señor Jesús, es de suma importancia ser guiados por el Espíritu de Dios. El Espíritu Santo mora en el creyente. Él quiere guiarle y dirigirle. Cada decisión debería tomarse bajo la dirección del Espíritu sobre la base de la Palabra de Dios. A veces se cita Romanos 8:14 para confirmar este pensamiento.

Con seguridad, podemos aplicar este versículo de la manera mencionada previamente. Sin embargo, si examinamos el contexto de Romanos 8, nos damos cuenta de que Pablo apunta a un aspecto muy particular de la dirección del Espíritu. Veamos algunos detalles.

En la carne — en el Espíritu

Romanos 8:5-11 muestra que hay una diferencia sustancial entre alguien que es "de la carne" y alguien que es "del Espíritu". Un hombre "de la carne" es un incrédulo. Actúa según la motivación de su vieja naturaleza (la carne). No puede hacer otra cosa. Está totalmente bajo el control de la carne. En contraste, aquel que es "del Espíritu" (un creyente) actúa conforme a la nueva naturaleza. Ya no vive "según la carne" sino "según el Espíritu". Esta es la forma en la que Dios lo ve.

Esta perspectiva divina está relacionada con nuestra responsabilidad práctica. Esto es lo que Pablo retoma en el versículo 12: "Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne". Es pura gracia que Dios ya no nos vea "según la carne" sino "según el Espíritu". Pero esto no nos quita de ninguna manera nuestra responsabilidad. Si tenemos en alta estima lo que Dios nos ha dado en Cristo (la posición cristiana), el resultado solo puede influir en nuestra vida cotidiana. Entonces estaremos dispuestos a aceptar la dirección del Espíritu y a rechazar la actividad del pecado en nosotros.

En otras palabras, bajo la guía del Espíritu Santo mostramos en nuestra vida diaria cuál es nuestra posición ante Dios. No es posible

disfrutar de la posición cristiana y vivir una vida como a nosotros nos gustaría. **Nuestra posición debe reflejarse en la práctica**.

Vivir según la carne

El hecho de que ya no seamos "de la carne" (posición) no significa que no volvamos a veces a vivir "según la carne". La realidad demuestra que podemos vivir de forma "carnal" o "según la carne". Romanos 13:14 nos anima a no "proveer para los deseos de la carne". Aunque seamos "del Espíritu", es posible cultivar la carne en nosotros. Los resultados se llaman las "obras de la carne" (Romanos 8:13), las cuales siempre son todo lo contrario al "fruto del Espíritu" (Gálatas 5:19-23).

Somos conscientes de que por nuestra antigua naturaleza no hay poder en nosotros para no vivir según la carne. Necesitamos el poder de alguien más y este es el Espíritu Santo. Imagine una gaviota, supera sin problemas la fuerza de la gravedad y se eleva. El ave tiene el poder en sí misma para hacerlo. Pero imagine que la gaviota cae sobre petróleo derramado y este se impregna en el plumaje. Ya no podrá elevarse. Se necesita una ayuda externa para liberar al pájaro. Como esta ave, tenemos un poder en nosotros mismos: Romanos 8:2 lo llama el "Espíritu de vida en Cristo Jesús". El Espíritu Santo que mora en nosotros nos da la capacidad de vivir para la gloria de Cristo. Sin embargo, nos es posible ser contaminados por la suciedad del pecado. En este caso, necesitamos ayuda externa para librarnos de la contaminación de la carne. Es de nuevo el Espíritu Santo quien nos proporciona esta ayuda.

Un camino de muerte

En Romanos 8:13 se afirma que, si vivimos según la carne, moriremos. Esta es una declaración seria. No nos hace dudar de nuestra salvación eterna, ya que esta nunca podrá sernos arrebatada si somos verdaderos creyentes. Como hijos de Dios, hemos sido librados de la ley del pecado y de la muerte (Romanos 8:2). Somos capaces de vencer la carne en el poder del Espíritu. Sabemos que el pecado ha sido juzgado y podemos considerarnos "muertos al pecado" (Romanos 6:11). Sin embargo, es posible que vivamos una vida según la carne. Si lo hacemos, operamos en el terreno de la vieja naturaleza. Esto es algo grave porque el fin de este camino es la muerte.

La muerte significa separación. Los que viven según la carne no tienen comunión con Dios. Si un creyente vive una vida así, está en un **camino** que termina en la muerte. Es cierto que Dios nunca permitirá que la muerte obtenga la victoria

sobre nosotros. No hay condenación para los que están en Cristo Jesús (Romanos 8:1). Pero esto no cambia la afirmación de que ese mismo **camino** lleva a la muerte. Por un lado, nadie debería dudar de su salvación eterna, que está asegurada por Cristo mismo (Juan 10:27-30). Por otro lado, nadie debe adormecerse en una falsa sensación de seguridad. Una profesión no es suficiente.

Utilicemos un ejemplo para ilustrarlo. Imagine que una oveja y un cerdo caen en el barro. El cerdo inmediatamente se sentirá feliz y no intentará salir. La oveja, por el contrario, hará cualquier cosa para irse lo antes posible. ¿Por qué reaccionan de forma tan diferente? Porque tienen una naturaleza diferente. El creyente puede ser comparado con la oveja. No se siente feliz cuando vive según la carne.

Hacer morir las obras de la carne

La segunda mitad del versículo 13 muestra la manera de evitar vivir una vida según la carne. **Bajo el poder del Espíritu Santo hacemos morir las obras de la carne**. Esta es la verdadera vida, de ahí la afirmación de Pablo: "si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, **viviréis**". Esta es una vida en comunión con Dios. Es una vida que comienza en la tierra y que se disfrutará plenamente en la eternidad. Las obras de la carne son los malos resultados de la actividad de la misma (la vieja naturaleza). Tenemos que hacerlas morir. Esto es lo que se afirma también en Colosenses 3:5, y este versículo da algunos ejemplos de las cosas que hay que hacer morir. La cuestión no es crucificar la carne en nosotros de nuevo. Dios lo hizo de una vez por todas en la cruz. La carne, siendo la raíz de estas obras malas, fue crucificada (Gálatas 5:24). Es imposible hacerlo de nuevo. El juicio fue pronunciado y ejecutado. Pero, como consecuencia práctica, tenemos que desechar de la manera más radical las manifestaciones de la carne cuando se presentan en nuestra vida.

Recordemos tres hechos vitales que se mencionan en Romanos:

— En la carne no mora el bien (Romanos 7:18). La carne en nosotros es absolutamente indigna y corrupta.

— Dios ha condenado el pecado en la carne (Romanos 8:3). Esto se hizo de una vez por todas en la cruz.

— Nos consideramos muertos al pecado y vivos para Dios (Romanos 6:11). Nosotros (no el pecado en nosotros) estamos muertos. El viejo hombre —el hombre antes de su conversión, marcado por el pecado— ya no existe a los ojos de Dios. Ha sido desechado.

Si hemos comprendido estas verdades podremos hacer morir las

obras de la carne. Y no lo haremos con nuestro propio poder, sino bajo la dirección, la guía y el poder del Espíritu Santo.

Hacerles morir no significa usar la violencia física y herirnos corporalmente. Al contrario, significa poner las obras de la carne bajo el juicio de la muerte de Cristo. Nos juzgamos a nosotros mismos. Para usar otra ilustración, comparamos al viejo hombre con un árbol que ha sido cortado. El tronco sigue existiendo y tratará de producir nuevos brotes verdes. Estos brotes son como las obras de la carne. Si no los cortamos, crecerán y se harán más grandes.

Hijos de Dios — guiados por el Espíritu de Dios

La conclusión se encuentra en el versículo 14 de este capítulo 8, como lo demuestra el uso de la palabra "porque" al principio del versículo: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios". Ahora el contexto es claro; es una marca distintiva de los hijos de Dios hacer lo que está escrito en el versículo 13. Los hijos de Dios son **personas guiadas por el Espíritu** para hacer morir las obras de la carne, es decir, saben lo que significa **el juzgarse a sí mismos**. Los hijos de Dios no son guiados por la carne (aunque puedan caer en pecado), sino que son guiados por el Espíritu Santo al examinarse diariamente. Esta es una de sus características.

Es verdad que Dios nos ha hecho sus hijos. Esa filiación habla de la **posición** a la que hemos sido llevados por tener el Espíritu Santo. Somos hijos de Dios por el nacimiento.

El Nuevo Testamento nos muestra diferentes aspectos de nuestra filiación. Me gustaría mencionar cuatro de ellos:

— Un hijo comparte (en alguna medida) los pensamientos de su padre y tiene una cierta comprensión de ellos. Nosotros, como hijos de Dios, tenemos pensamientos comunes con él sobre su Hijo. Es el Espíritu del Padre ("su Espíritu") quien nos permite tener tales pensamientos, fortaleciéndonos "con poder en el hombre interior" (Efesios 3:16).

— Como hijos, hemos sido puestos en una relación con el Padre, una relación marcada por la dignidad y la libertad, en contraste con la esclavitud (Gálatas 4:5-7). Los que están bajo la ley son comparados a los sirvientes (esclavos), pero los cristianos son hijos y herederos.

— Un hijo es capaz de representar a su padre cuando este está ausente. Como hijos de Dios somos sus representantes en la tierra. Esto se verá plenamente en un día futuro cuando los hijos de Dios serán manifestados (Romanos 8:19).

— Un hijo es alguien que honra a su padre con su comportamiento.

Este es precisamente el aspecto que se nos presenta en Romanos 8:14. Dios nos ha predestinado para la adopción por medio de Jesucristo, "hijos suyos… según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia" (Efesios 1:5-6). Nótese que la adopción aquí no es principalmente para nosotros (aunque sea una gran bendición), sino que es "para sí mismo" (V.M.) y "para alabanza de la gloria de su gracia". Dios quiere ser honrado por sus hijos. Esto será absolutamente cierto en un día futuro, pero debería ser una realidad ahora.

Dios quiere tener hijos en la tierra que vivan para Él y en los que se complazca. Cuando el Señor Jesús estuvo aquí en la tierra, glorificó a Dios de una manera única. Dios abrió los cielos sobre Él y se oyó la voz: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mateo 3:17). El Señor Jesús era perfecto e inmaculado. No había ninguna obra de la carne que tuviera que hacer morir. ¡Ninguna en absoluto! Esto supone una gran diferencia. Si queremos vivir para agradar y glorificar a Dios en nuestros cuerpos (1 Corintios 6:20), es imperativo hacer morir las obras de la carne y vivir en el ejercicio diario de juzgarnos a nosotros mismos. Esto lo hacemos bajo la dirección del Espíritu Santo. Esto es lo que Pablo quiere enseñarnos cuando afirma: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios".

Un último reto

Terminemos con una pregunta: ¿Nos conformamos solamente con saber que el Espíritu de Dios mora en nosotros y que somos hijos de Dios? Esta es, en efecto, una posición de bendición. Pero no es todo. Deberíamos dar al Espíritu en nosotros plena libertad para que nos guíe y nos ayude a dar muerte a todos los horribles frutos de la vieja naturaleza que se manifiestan tan fácilmente en nuestra vida[1]. Llegará el día en que seremos "conformes a la imagen de su Hijo" (Romanos 8:29). Esta es la predestinación de Dios, y se cumplirá cuando Jesús aparezca con poder y gloria en la tierra y nosotros con él. Pero, ¿por qué deberíamos esperar hasta ese momento? El Espíritu quiere ayudarnos a ser más parecidos a Cristo incluso ahora, para gloria y placer de nuestro Dios y Padre.

E.A. Bremicker

[1] Aunque esto es algo importante, no es la actividad principal del Espíritu Santo en nosotros. Su actividad preeminente es mostrarnos a Cristo. El mismo Señor Jesús dijo: "Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (Juan 16:14). Podríamos llamar a esto la actividad «positiva» del Espíritu Santo, mientras que su actividad de llevarnos a juzgarnos a nosotros mismos nos muestra el lado «negativo».

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Juan 3:14-15

Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

Filipenses 4:6-7

He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación.

Filipenses 4:11

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

Romanos 8:14

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984 -85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 $ EE. UU. 10 EUR 10 CHF
Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.
Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Si utiliza este medio, tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch .
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de $ EE. UU. o de Euros en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: http://www.creced.ch **E-mail**: revista@creced.ch

© Copyright www.creced.ch